

Cristina Henríquez

Entre dos aguas



AdN

Cristina Henríquez

Entre dos aguas

Traducción de Martha Celis-Mendoza

AdN

Título original: *The Great Divide*

Este libro es una obra de ficción. Los nombres, personajes, lugares y sucesos son fruto de la imaginación de la autora o se utilizan de forma ficticia y buscan únicamente proporcionar un sentido de autenticidad. Cualquier parecido con sucesos, lugares, organizaciones o personas, vivas o muertas, es pura coincidencia.

Primera edición: septiembre de 2025

Reservados todos los derechos. El contenido de esta obra está protegido por la Ley, que establece penas de prisión y/o multas, además de las correspondientes indemnizaciones por daños y perjuicios, para quienes reprodujeren, plagiaran, distribuyeren o comunicaren públicamente, en todo o en parte, una obra literaria, artística o científica, o su transformación, interpretación o ejecución artística fijada en cualquier tipo de soporte o comunicada a través de cualquier medio, sin la preceptiva autorización.

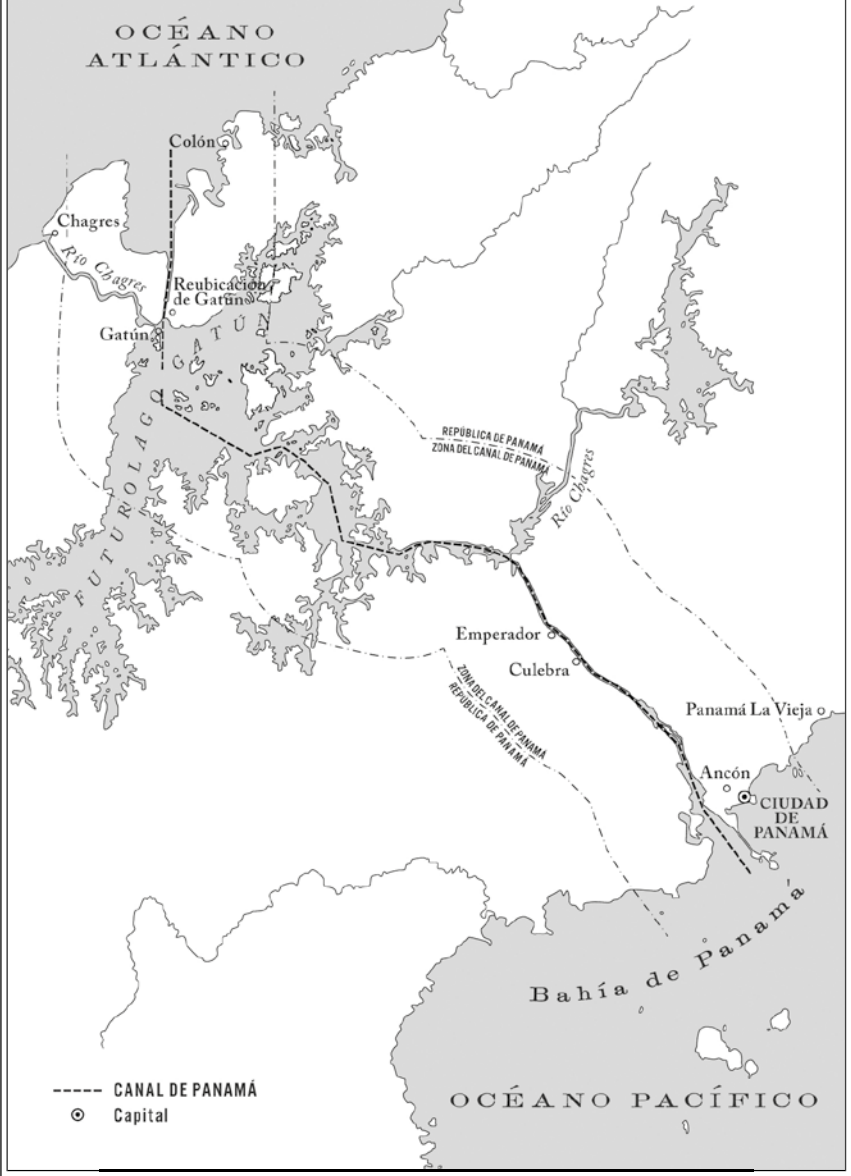


© by Cristina Henríquez, 2024
© Traducción de Martha Celis-Mendoza.
Copyright © 2024 de Cristina Henríquez.
Copyright de la traducción de HarperCollins Español.
Used by permission of HarperCollins Publishers.
© Ilustración del mapa: Mike Hall.
© AdN Editorial (Grupo Anaya, S. A.), 2025
Calle Valentín Beato, 21
28037 Madrid
www.AdNovelas.com

ISBN: 979-13-87596-11-8
Depósito legal: M. 11.695-2025
Printed in Spain

MAPA DE LA
ZONA DEL CANAL DE PANAMÁ
· 1907 ·

ESCALA: 10 MILLAS



¡SE BUSCAN!

LA COMISIÓN DEL CANAL DEL ISTMO BUSCA

4000 TRABAJADORES FUERTES PARA IR A PANAMÁ.
CONTRATO DE DOS AÑOS.

TRANSPORTE GRATUITO DE IDA Y VUELTA
A LA ZONA DEL CANAL.

ALOJAMIENTO Y ATENCIÓN MÉDICA GRATUITOS.

¡TRABAJE EN EL PARAÍSO! TARIFA DE 10-20 ¢ LA HORA.

SE RECIBE EL SALARIO CADA QUINCENA.

PRESENTAR SOLICITUD EN LA ESTACIÓN DE RECLUTAMIENTO
EN TRAFALGAR SQUARE.

TODOS LOS SOLICITANTES DEBERÁN SOMETERSE
A LOS EXÁMENES MÉDICOS Y RECIBIR LAS VACUNAS EXIGIDAS.

J. M. GRASSLEY
Agente, C. C. I.
1907

En un lugar cerca de la costa pacífica de Panamá, en las tranquilas aguas azules de la bahía, se hallaba solo en su bote Francisco Aquino. Lo había construido él mismo, con el tronco de un cedro al que le había quitado la corteza. Lo había construido solamente con una azuela de piedra y un cuchillo mellado. Lo tallaba y lo alisaba, recorriendo con su mano cada curva y cada superficie; lo tallaba y lo alisaba una y otra vez hasta que logró convertir ese único tronco en lo que a él le parecía la más magnífica embarcación en todo el ancho mar.

Francisco estaba en cuclillas con el remo sobre las piernas, los pies descalzos sobre el casco del bote junto a su carrete de pesca y a un balde de madera, que usaba para sacar el agua que se metía. Su red estaba amarrada a un costado.

Todos los días, a excepción de los domingos, Francisco se levantaba antes del amanecer, caminaba hasta la playa y desataba su bote del poste. Cruzaba las olas remando y, cuando alcanzaba una distancia suficiente, aseguraba los nudos de su red y la dejaba caer. Luego volvía a remar, lentamente, escuchando el gorgoteo del agua cada vez que sacaba el remo a la superficie y lo deslizaba de nuevo hacia dentro. Debía avanzar a la velocidad justa para que la red generara arrastre. Demasiado lento, no conseguiría engañar a los peces. Demasiado rápido, los peces huirían. Era un equilibrio preciso, pero

Francisco había pescado con su red en estas aguas la mayor parte de su vida y sabía qué tenía que hacer.

La brisa del este sopló levantando el ala de su sombrero. El bote comenzó a mecerse con suavidad. Francisco estaba esperando el mejor momento para empezar. El agua le diría cuándo. Con el pie, le dio un empujoncito al balde hacia delante, luego hacia atrás. Las aves se lanzaban en picado a su alrededor. Abrió las manos y observó con cuidado su piel áspera y callosa. Hacía mucho tiempo, una tarde lluviosa salpicada de sol, Esme había tomado sus manos entre las suyas, poniéndolas palmas arriba. Hay un mapa en las líneas de tus manos, le había dicho. ¿Un mapa de qué?, preguntó él. ¿Qué había respondido ella? Francisco siempre trataba de acordarse, pero nunca lo lograba.

Cerró los puños y suspiró. El brillo del océano bajo el sol de la mañana se extendía hasta el infinito. En medio del silencio, el bote se balanceaba hacia uno y otro lado.

Por desgracia, su vista ya no era la de antes. Francisco entrecerró los ojos y miró al horizonte, hacia el lugar en donde, supuestamente, se alinearían embarcaciones cien veces más grandes que la suya a la espera de su turno para cruzar Panamá. Se le escapó una carcajada. Era una idea ridícula, imposible de creer. Cada navegante y explorador que había atracado alguna vez en estas playas había soñado que, un día, los barcos viajarían de océano a océano a través de Panamá, aunque habría que adivinar cómo pretendían llegar al otro lado. Al fin y al cabo, en el camino se interponía el espinazo de la cordillera, que corría a lo largo del istmo, y, entre todos los milagros de los que había escuchado en su vida, Francisco nunca había oído hablar de un barco que pudiera navegar a través de una montaña. Entonces habrá que cortar las montañas, decían, tendrán que romper el espinazo y el agua de ambos océanos va a fluir a borbotones desde ambos lados

para juntarse y crear una ruta a través. Un sueño de locos. Meter no uno, sino dos océanos en un lugar donde solo ha habido tierra durante millones de años. ¿Quién se puede creer algo así?

Francisco se levantó el ala del sombrero y frunció aún más los ojos para tratar de atisbar las siluetas fantasmales de los barcos de vapor y las goletas, los buques de guerra y los botes; todas las naves que juraban que iban a cruzar. Observaba con atención, pero, en lugar de barcos, todo lo que veía sobre la superficie del agua era el brillante cielo azul. Tal vez el problema sea, pensó, que una persona necesita tener fe para poder ver las cosas que no existen, para imaginar un mundo que aún no ha sido construido. Francisco había perdido la fe hacía mucho tiempo, entre tantas otras cosas.

En el lado atlántico de Panamá, hacia el punto medio de la costa serpenteante, un barco entró al puerto de Colón. Se trataba de un vapor a ruedas del Correo Real, con altos mástiles blancos, que había partido de Barbados con unas veintitrés mil cartas bajo cubierta y unos ochocientos pasajeros sobre ella. Se trataba de hombres en su mayoría, procedentes de Santa Lucía, Saint John, Christ Church y de cada una de las parroquias en el camino. Vestían sus mejores trajes, agolpados sobre la cubierta, y, apretujados entre sí, se aferraban a sus maletas, baúles de hojalata y esperanzas febriles.

Entre ellos se encontraba Ada Bunting, de dieciséis años, sentada sobre la cubierta con las rodillas entre los brazos. Era la primera vez que se subía a un barco y, los seis días que duró la travesía, estuvo arrebujaada detrás de dos jaulas de madera de gallinas apiladas encima de un baúl negro, rogándole a Dios que no la fueran a encontrar. La mañana en que se fue de su casa escribió una nota en su tablilla escolar y la dejó sobre la mesa de la cocina; estaba segura de que allí su madre la vería al levantarse. La nota apenas decía que se iba a Panamá y poco más. Al salir el sol, Ada se puso su ropa de jardinería: unos pantalones viejos y una blusa de botones. Tomó el saco de tela que había preparado y lo cargó hasta llegar al muelle. Allí, en medio del

barullo y de la multitud, se las arregló para subir al barco sin ser vista.

Los pollos en las jaulas jamás habían dejado de cacarear, de cloquear y de chillar; Ada se dio cuenta de que, si intentaba callarlos, solo hacía que cacarearan más. Pensó que quizá tendrían hambre, así que, al segundo día, dejó caer algunas migajas de las galletas que había traído entre las rendijas y observó cómo las gallinas las recogían con el pico. Eso las aplacó un poco. Al tercer día, Ada les volvió a dar y escuchó cómo gorjeaban de tan contentas. Al cuarto día, les compartió un poco de la manzana que había traído, sin olvidarse de quitarle antes las semillas minuciosamente. Al quinto día, destapó una lata de sardinas y, tras comerse la mayoría y lamerse lo salado de los dedos al terminar, les dio el resto a las gallinas. Al llegar el sexto día, ya se le había terminado toda la comida que había traído y lo único que podía ofrecerles a las gallinas era el mismo consuelo que su mamá siempre le daba: Dios proveerá. Tenía que creer que era cierto.

En cuanto el barco se detuvo, todos se apresuraron a bajar. Ada esperó a que se dispersara parte del avispero, pero, incluso estando ya de pie, nadie le prestó ni la más mínima atención, gracias a Dios. La gente estaba demasiado ocupada recogiendo sus cosas y esforzándose por ver, más allá de los veleros y las palmeras que bordeaban la costa, cómo lucía Panamá ahora que por fin estaban aquí. A los ojos de Ada, la parte del pueblo que alcanzaba a avistar más allá de donde terminaba el muelle era muy parecida a Bridgetown: una hilera de edificios de madera, de dos y tres pisos, sobre la calle principal, tiendas con toldos y edificios con anuncios. El hecho de que le resultara tan familiar era al mismo tiempo una desilusión y un alivio.

Ada se fue abriendo paso hacia el puerto junto con todos los demás mientras acunaba su bolsa entre los brazos. La parte trasera de sus pantalones estaba húmeda, pero los pan-

talones, que le había cosido su madre, habían cumplido con su misión de ayudarla a pasar desapercibida entre la multitud, compuesta principalmente por hombres. Apenas había visto a unas cuantas mujeres durante todo este tiempo, y todas eran mayores que ella. Ada también había llevado botas para el viaje; unas botas negras de cuero, regalo de un hombre llamado Willoughby Dalton, que le había estado haciendo la corte a su madre durante el último año, poco más o menos. De vez en cuando, por lo general los domingos, cuando sabía que ellas estarían en casa, Willoughby llegaba cojeando lentamente hasta su puerta con algo nuevo que ofrecer entre las manos: flores silvestres, frutipán o un tazoncito de barro. Unos meses atrás, había llegado con un par de botas negras. Las suelas estaban gastadas en los talones y los cordones estaban deshilachados, pero, cuando Willoughby se las ofreció a la madre de Ada, ella las tomó y le dio las gracias, como todas las veces que Willoughby llegaba con un regalo. Y, como todas las veces, Willoughby dijo: «No ha de qué darlas», y se quedaba en el porche, como esperando a que lo invitaran a pasar. Siempre era la misma rutina lamentable. Su madre asentía y empezaba a cerrar la puerta con delicadeza. Solo cuando la cerraba por completo, Willoughby se daba la media vuelta en dirección a su casa.

Las cuerdas que trepaban por los mástiles se azotaban con el viento mientras la gente empujaba y se atropellaba entre sí. Al llegar a la plancha de desembarco, Ada se agachó detrás de un hombre que había traído su propia silla plegable; esperaba que esta le sirviera de escudo para evitar que la vieran los dos oficiales blancos sobre el muelle. En la base de la plancha gritaban: «¡Tren para trabajadores! ¡Tren para trabajadores hacia allá!», mientras señalaban hacia el pueblo. La gente salía del barco a borbotones en dirección a donde señalaban los oficiales. A Ada le pareció que la mejor manera de pasar inadver-

tida sería simplemente fluir con la corriente. Había logrado llegar hasta aquí, pero todavía corría peligro de que a uno de los oficiales le pareciera sospechosa una joven que viajaba por su cuenta. Si la separaban del grupo y se enteraban de que no había pagado, casi con seguridad la meterían en el barco y la enviarían de regreso a casa. Ada apretó la bolsa contra su pecho mientras descendía al embarcadero y pasó de largo frente a los oficiales. Incluso detrás de la silla plegable alcanzaba a escucharlos. «Avisa al capitán de que ya llegó la mercancía», le dijo uno al otro. Apenas tenía dieciséis años, pero sabía lo suficiente como para comprender que no se referían al correo.

* * *

Cuando Ada subió al tren (que en realidad no era mucho más que una cadena de vagones para ganado, sin techo y de madera), ya estaba atiborrado de los pasajeros del barco, que llevaban maletas, canastas, plantas y jaulas. Ada se abrió paso hasta uno de los rincones traseros del vagón y se aferró a un poste con un brazo mientras con el otro asía su bolsa. Además de las sardinas, las galletas y las manzanas dulces, había traído dos juegos de ropa interior, un vestido, un frasquito de aceite de almendras para alisar su cabello, una colcha de retazos de algodón que había sacado de su cama y tres coronas. Ojalá se le hubiera ocurrido traer algo más de comer, pero no había sido así. Su madre siempre le decía que tenía una mente que le ganaba a su sensatez. Ada sonrió al escucharla regañándola en su cabeza, con ese tono suyo tan particular. Para esos momentos, sin duda, su madre ya habría visto la nota que le había dejado. Ada casi podía escuchar su voz, esta vez mucho más severa, reprendiéndola por eso también; por haberse ido a Panamá ella sola, aunque hubiera sido por una buena razón.

Millicent, su hermana, estaba enferma y necesitaba una cirugía que ellas no podían costear. Su madre no ganaba mucho como costurera y Ada habría buscado trabajo, solo que en esos momentos era difícil conseguir algo en Barbados. En cambio, todo el mundo decía que en Panamá encontrar trabajo era tan fácil como arrancar manzanas de un árbol. Ada pensaba que, si cualquiera podía ir y arrancarlas, ¿por qué no hacerlo ella? Se quedaría solo el tiempo necesario para reunir el dinero de la cirugía de Millicent, luego regresaría.

Una vez que el tren partió, Ada se fijó en los rostros de quienes la rodeaban: hombres jóvenes, vestidos de traje, que se veían tan tensos y ansiosos como ella se sentía. Tras salir de la ciudad, el tren rechinó al pasar por un puente y atravesó unos árboles tupidos antes de emerger en un campo tan extenso que a lo lejos se podía ver el verde oscuro de las montañas. Cascabeleó al detenerse cerca de un pueblito y unas cuantas personas saltaron del tren y se dirigieron a un puñado de casas de madera construidas sobre pilares. Un hombre al que le quedaban cortas las mangas de la chaqueta se asomó y, sin dirigirse a nadie en particular, preguntó:

—¿Aquí es onde nos quedamos?

Otro hombre, que llevaba unos pantalones enlodados color caqui y una camisa azul de trabajo, soltó una carcajada.

—¿Pues qué esperabas, tú? ¿Un hotel de lujo?

El hombre del traje corto señaló hacia las viviendas que estaban cruzando las vías, una hilera de casas lindas, pintadas de blanco y con moldura gris, y preguntó si no se podían mejor quedar ahí.

El hombre en ropa de trabajo se rio de nuevo.

—Esas son las casas de oro. —Y, señalando hacia los campos, agregó—: Las casas pa nosotros son de plata.

Al ver la sorpresa del hombre de traje corto, el otro le preguntó que si no estaba enterado: todo en la Zona del Canal,

las tiendas de economato, los vagones del tren, los comedores, las casas, los hospitales, las oficinas de correo e incluso la paga, estaba dividido en oro y plata. «Oro» se refería a los norteamericanos, y «plata», a ellos.

En cada pueblo al que llegaban, se bajaban más hombres del tren, hasta que quedó vacío. Ada no tenía la más remota idea de hacia dónde debía ir. En un momento, un hombre que estaba parado ahí cerca se le acercó y le dijo:

—¿Y tú qué? ¿Tienes donde dormir? En los campamentos solo admiten mujeres blancas.

Ada se aferró con fuerza a su bolsa.

—Si quieres, tengo un sitio donde puedes reposar la cabeza —agregó el hombre mientras se daba palmaditas en el muslo.

Ada se giró para encararlo.

—Antes reposo en el infierno —replicó ella. Se soltó del poste y se encaminó hacia el otro extremo del vagón. En la siguiente parada, saltó del tren en cuanto pudo. Era un lugar llamado Empire, según lo que había gritado el conductor.

Los otros hombres que también se habían bajado del tren rebasaron a Ada en dirección a los campos. Si acaso era cierto que no podía estar ahí, como le había dicho ese hombre, iba a tener que levantar su propio campamento en medio de los árboles. Ya intentaría buscar trabajo al día siguiente; por ahora estaba tan agotada que lo único que quería era reposar su cabeza y descansar. Su madre, Millicent y ella compartían la única habitación en el fondo de su casa; cada una tenía su propio colchón, relleno de rastrojo, colocado sobre unos cajones que había construido su madre. Imaginaba lo bien que estaría recostarse en esa cama, extender todo su cuerpo y cruzar los brazos sobre la cabeza mientras estiraba los dedos de

los pies. Pero se iba a tener que conformar con tender la colcha sobre el suelo, si es que podía encontrar un claro tan grande como para extenderla.

Al adentrarse solo un poco en el bosque, el aire se sentía más frío y olía a cosas vivas. Ada escuchó cosas que reptaban, silbaban, crujían y golpeteaban. Adonde quiera que fuese, el suelo estaba cubierto de ramas y musgo, arbustos en flor y troncos. Se abrió camino entre la fronda solo para encontrar charcos y lodo. No había ni un lugar seco a la vista. Caía la noche y estaba tan cansada que había contemplado tirarse simplemente entre los arbustos cuando atisbó algo que parecía un furgón en medio de los árboles. Estaba oxidado y podrido, medio cubierto de yedras y maleza, con las ruedas traseras hundidas en el lodo y todo retorcido. Se quedó observando un rato, para comprobar que no había nadie más por ahí, pero solo oyó el roce de los animales entre los árboles.

—¿Hola? —dijo con voz fuerte al acercarse.

Como nadie respondió, subió hasta donde estaba la entrada abierta, que quedaba al nivel de su cabeza, y repitió el saludo. Se agachó y tocó tres veces en el suelo. Nada. «Bueno, Dios proveerá», pensó y se recostó.

Por la mañana, los zumbidos y siseos de los insectos llenaron los oídos de Ada. Poco a poco se incorporó y miró a su alrededor intentando reconocer dónde estaba. Los rayos del sol que se filtraban por entre los tablones le permitían apreciar el interior del furgón. No había mucho que ver, excepto telarañas y montones de hojas secas.

Ada se había quedado dormida con la ropa que llevaba puesta desde el barco; ahora estaba empapada por el aire, tan húmedo y denso que se le pegaba a la piel. De la bolsa, que

había dejado en el suelo, sacó el vestido que había traído de casa (un vestido que le había confeccionado su madre con pedazos de tela cafés y amarillos) y se cambió de ropa. Se puso de pie, estiró las mangas hacia sus muñecas, alisó los tablones de la falda sobre sus caderas. Se calzó las botas y escupió en la palma de la mano para quitarle el lodo a las puntas. Cogió su bolsa. Un vestido seco y unas botas limpias ya era algo. Ahora debía conseguir comida y trabajo.

Lloviznaba en el bosque. En el aire flotaba una brisa suave. «En algún sitio por aquí, debe haber algo de comer», pensaba Ada. A la luz del día, podía ver cosas que no había alcanzado a percibir la noche anterior. Enredaderas y plantas trepadoras que colgaban de los árboles, hojas con forma de espada enredadas en los helechos. Todo, en todas partes, era de un verde resplandeciente. Verde oliva, verde jade, verde esmeralda, verde lima, verde perdido entre las sombras, verde iluminado por el sol. Caminó entre cortinas verdes y sobre alfombras verdes con la esperanza de encontrar algo conocido, yaca o banano del bosque o uva de mar, que fuera comestible. Había escuchado que en Panamá había plátanos por doquier y se asomó entre los árboles por si podía ver alguno. En casa habría sido mucho más fácil. En casa, Ada sabía qué árboles daban fruta y qué arbustos daban unas bayas tan maduras que las podía hacer explotar entre sus dientes. En la parcela que tenían detrás de su casa sembraban maíz y arrurruz, tapioca y hierbas, y se alimentaban de lo que cultivaban o de lo que a veces intercambiaban con sus vecinos. Lo mejor era cuando su madre intercambiaba mazorcas por las cerezas que la señora Callender cultivaba en un árbol de su jardín. La señora Callender decía que eran las cerezas más jugosas y dulces de

todo Barbados, y cuando Ada las comía no le cabía duda de que así era. Se le hizo agua la boca al pensar en esas cerezas. Tenía que haber algo de comer ahí en el bosque y con seguridad podría encontrarlo si buscaba lo suficiente. Pero su estómago ya rugía de hambre y su vestido, tan cómodo en cuanto se lo puso, todavía seco, estaba empapado de lluvia, y sus botas otra vez estaban cubiertas de lodo, y había perdido la paciencia, uno de sus peores defectos, según su madre, quien decía que Ada nunca esperaba lo suficiente a que le llegaran las cosas.

En el pueblo había mucha gente. Ada atravesó las vías del ferrocarril, que dividían Empire en dos, y recorrió las calles pavimentadas de la parte norteamericana, pensando que por ahí sería más probable ver algún anuncio de trabajo mientras buscaba algo de comer. Las banderas, que colgaban de los balcones y ondeaban con la brisa, le hicieron saber a quién pertenecía esa parte del pueblo. Nunca había visto una bandera de Estados Unidos en persona, aunque sí una imagen en un atlas en la escuela para señoritas adonde habían asistido ella y Millicent. Dentro de ese mismo atlas, un librito de páginas cosidas, Ada había visto también por primera vez un mapa de Barbados. El mapa de Estados Unidos se extendía en dos páginas enteras, mientras que todo Barbados ocupaba solo la mitad inferior de la página de la izquierda. Hasta ese momento no le había pasado por la mente que Barbados pudiera ser más pequeño que cualquier otro lugar del mundo, pero, una vez que lo vio, no pudo dejar de preguntarse cómo sería ir a otro lugar. Hasta donde ella sabía, todos en su familia habían nacido en Barbados y se habían quedado ahí. Poco después de que Ada naciera, su madre se había alejado de la

plantación de caña de azúcar donde había pasado toda su vida. Les había contado a Ada y a Millicent la historia de esa partida muchas veces, siempre con orgullo. Cada vez que la escuchaba, Ada pensaba lo mismo: su madre podía haber ido a cualquier parte. Cuando dejó la plantación, podría haber caminado hasta el otro extremo de Barbados o haber navegado hasta el otro extremo del mundo. Pero, en el momento en que se habían abierto todas las posibilidades, en el momento en que podía haber ocurrido cualquier cosa, su madre caminó justo hasta donde se encontraba el límite oficial de Bridgetown y allí se asentó de nuevo. Había cruzado el límite, pero tan solo por lo que mide un dedo. Había mantenido su mundo como algo pequeño y ahora, tantos años después, su madre no poseía nada más allá de ese mundo, ni siquiera un sueño, hasta donde Ada sabía.

La calle, flanqueada por edificios de dos pisos y tiendas, estaba atestada de carruajes, carros de mulas y personas que caminaban a paso rápido entre la llovizna. Las mujeres llevaban sombrillas y los hombres sombrero. Ada no tenía ni lo uno ni lo otro y, aunque traía el cabello recogido en un moño, como era su costumbre, no se había molestado en arreglárselo al despertar; con eso, más la llovizna, debía verse como un esperpento. De niña, era ella la que siempre tenía tierra en el vestido, costras en los codos y ese cabello, que se negaba a peinar a menos que fuera domingo y tocara ir a la iglesia. Aun entonces, no lo hacía porque pensara que a Dios le importaba, sino más bien a su madre.

Para cuando había pasado por una imprenta, una barbería y una herrería, todos los negocios uno tras otro, ya había dejado de llover. Su estómago gruñía. Tenía que haber un mercado cerca, quizá del otro lado de las vías. Se había detenido a mitad de la calle, con la bolsa entre los brazos, mientras decidía si cruzar de vuelta y buscar uno, cuando un hom-

bre que estaba parado a la entrada de un callejón le silbó. Ada habría dado media vuelta para irse si él no hubiera señalado un barril de madera, lleno de fruta, a su lado. «¡Papaya, mango, piña, mamey!», gritaba el hombre en español mientras ella se aproximaba. Tomó un mango y se lo ofreció a Ada.

Tenía tanta hambre que se hubiera comido todo lo que había en el barril. Aún en la penumbra del callejón, alcanzaba a ver tantas frutas brillantes y reventonas que empezó a relajarse.

—*You say mamee?* —preguntó Ada en inglés—. *Mamee apple?*

El hombre cambió el mango por una fruta de cáscara que estaba cortada de un lado, donde se veía el hueso.

—Mamey de tierra —respondió.

Sí se parecía a un *mamee apple*. En esa época todavía no maduraban en Barbados, pero Ada los esperaba con ansias cada año en abril. Su madre remojaba la pulpa en agua salada para quitarle lo amargo y luego Millicent y ella se la comían fresca, o, si no, su madre la usaba para hacer jalea de manzana.

—*How much for one?* —preguntó Ada.

—¿Quieres?

—*How much money?*

Pero el hombre solo le sonreía.

Ada puso la bolsa en el suelo y buscó las monedas que había traído. Tres monedas de una corona que su madre tenía bien guardadas. Ada las había descubierto un día que andaba curioseando y, cada vez que había regresado a buscar después, ahí seguían, sin que nadie las hubiera movido. Tal vez su madre estaría ahorrando ese dinero, pero Ada se lo había traído con la esperanza de recuperarlo muy pronto y ganar algo más. Entonces Ada sacó una de las monedas y se la mos-

tró al hombre. Una corona era demasiado para una sola fruta, pero en ese momento no le importó. Necesitaba comer algo. Podía casi saborear el mamey, casi podía sentir cómo se escurría el jugo de la fruta entre sus encías.

El hombre tomó la moneda y le dio la vuelta hacia uno y otro lado mientras la sostenía entre sus dedos para examinarla. Hizo un gesto de aprobación, se guardó la moneda en el bolsillo y le entregó la fruta a Ada, quien inmediatamente le quitó la cáscara rugosa con la uña y la telilla blanca y esponjosa para luego darle una buena mordida a la pulpa. Estaba tan suave que le dieron ganas de llorar. Arrancó la fruta con los dientes mientras seguía de pie a la entrada del callejón con la bolsa a sus pies y el hombre la observaba. Se comió cada pedacito de la pulpa hasta llegar al hueso, y hasta ese se lo metió en la boca y lo succionó hasta que le quitó todo el sabor. Luego lo escupió al suelo y se limpió la boca con el dorso de la mano.

Junto al barril, el hombre la contemplaba admirado, con los ojos como platos.

—*Thank you* —le dijo Ada sonriendo de oreja a oreja, mientras se agachaba a recoger su bolsa del suelo.

Ya se sentía mejor ahora con algo de comida en el estómago. En cuanto pudiera, debía encontrar el modo de enviar una carta a casa. Si su madre estaba preocupada, como Ada suponía, la carta la ayudaría a apaciguar su espíritu. Si su madre estaba enojada, lo cual también suponía Ada, no había gran cosa que pudiera hacer al respecto.